

ELOGIO

De M. de Candolle, pronunciado por M. Flourens en la sesion anual del Instituto de Francia.

NUESTROS lectores tendrán sumo gusto en leer algunos fragmentos del elogio de M. Candolle pronunciado por M. de Flourens en la última sesion anual del Instituto: este elocente discurso ha tenido el mayor suceso en el brillante auditorio que asistía á dicha sesion.

“La reputacion de M. de Candolle, ha dicho el señor secretario perpetuo, empieza á veinte años por la *Historia de las plantas crasas*.

“Un trabajo mas elevado y principalmente de un carácter mas original, ha marcado mucho mas el rango que debia ocupar en la ciencia.

“Ocurrióle la feliz idea de ocuparse en el sueño de las plantas, asegurando primeramente, que el aire no tenia la menor relacion en este fenómeno: porque habiendo metido en el agua las plantas durmientes, estas pasaron del sueño á la vida y vice-versa segun su costumbre.

“Echuyendo la accion del aire, quedaba aun la de la luz. Colocáronse pues estas plantas en la oscuridad sometidas sucesivamente ó á la accion de esta misma oscuridad ó á la de la luz.

“M. de Candolle cambió completamente las horas de vida y las del sueño, iluminando estas plantas durante la noche, y dejándolas en la oscuridad durante el dia: á la mañana siguiente vió abiertas las plantas nocturnas, y las diurnas cerradas en el curso de la noche.

“Habiendo comunicado á la Academia estas curiosas experiencias, excitaron en ella el mas vivo interes.

“Efectivamente, puede decirse sin cesageracion, que los resultados obtenidos por el autor tenian un cierto aire de maravilla aun para los hombres vulgares. Por medio de la luz artificial logró hacer reverdecir las plantas marchitas del mismo modo que á la influencia del sol: cambió las horas del sueño y de vida de las plantas, y lo que es mas notable aún, probó que estas tienen sus hábitos, porque dejan sus horas ordinarias para tomar otras, no inmediatamente sino al cabo de cierto tiempo.

“La vida de las plantas es pues un fenómeno mucho mas complicado, mucho mas relacionado con la vida de los animales de lo que hasta ahora se habia creido: tienen su accion, su reposo, su sueño, su vida y sus hábitos, y cuando

Delille se apresuró á celebrar estos resultados en verso llegó aun á decir:

De la crédule fleur le calice est trompé;

y este metafórico lenguaje de la poesía no parece ya casi una metáfora.

“M. de Candolle pasó del rango de discípulo al de maestro con este notable trabajo, y á pesar de sus veinte y dos años la Academia le inscribió en la lista de sus candidatos. Adanson decia, hablando de él, que estaba en el camino real de la ciencia: Lamarck le confió la segunda edicion de la *Flora francesa*, y Jorge Cuvier le eligió por suplente suyo en la cátedra de historia natural del colegio de Francia.

“Al parecer, cada siglo dá la solucion de algun problema nuevo.

“Dos de estos han ocupado la atencion de los hombres del XVIII: el de los métodos y el de las revoluciones del globo.

“La cuestion de los métodos, tan poderosamente agitada en el XVII por Tournefort y por Ray, y en el XVIII por Lineo, Adanson y Bernard de Jussieu, quedó resuelta al fin de este último por Lorenzo de Jussieu y por Jorge Cuvier.

“La de las revoluciones del globo empieza en 1575 por algunas ideas de un alfarero llamado Bernardo Palissy: dos siglos despues comenció Buffon la grande idea de las edades del mundo, y escribió sus *Eposas de la naturaleza*: finalmente, publicóse el *Escámen de los huesos fosiles* de Jorge Cuvier, dando con esto margen á que se resuelva muy pronto la gran cuestion de las revoluciones del globo.

“El problema propuesto en el siglo XIX es el de la determinacion de las leyes intimas de la organizacion de los seres. En esta ocasion ha venido la luz por el lado que ménos se esperaba.

“El mismo hombre que, combinando á fines del último siglo, mediante una arriesgada concepcion, el genio diferente de dos naciones vecinas, daba una nueva literatura á la Alemania, publicó en 1790 una obra intitulada: *Metamorfosis de las Plantas*.

“Este hombre, cuyo ingenio no fué universal, y

cuyos estudios casi no tuvieron limites, fué el primero que vió todo el mecanismo secreto del desarrollo de la planta en la transformacion de una parte á otra distinta.

“La primera transformacion cambia la hoja en cáliz; la segunda, el cáliz en corola; la tercera cambia la corola en órganos de mas delicada estructura.

“Todos estos órganos no son mas que las modificaciones de uno solo; y todas las partes de una flor no son otra cosa sino modificaciones de la hoja: la transformacion es el hecho dominante, y la expresion generalizada de este gran hecho constituye la célebre teoria de Goethe.

“La de M. de Candolle es aun mas elevada; segun este autor, cada clase de seres está sometida á un plan general, el cual es siempre simétrico.

“Todos los seres organizados, tomados en la naturaleza intima, son simétricos; pero ¿en qué esta primitiva simetría de la cual depende y emana todo? ¿Cómo la definiremos? ¿Cómo la determinaremos? Ciertas causas la alteran con frecuencia, y con la misma otras diferentes la ocultan.

“Tres son las principales que alteran ó encubren la simetría primera: los abortos, las salidas y la propension á degenerar, siendo evidente en mas de un caso la accion de estas causas.

“Todo el mundo conoce el castaño: examinando el fruto de este árbol, se distinguirán, todo lo mas, tres semillas; y á veces una sola, y dejando á parte el fruto y abriendo la flor se verán tres cavidades que contienen cada una dos semillas, es decir, en su totalidad seis.

“El fruto de la encina, la bellota, no tiene nunca mas que una semilla, que es el tipo primitivo alterado. Pero en su flor, el ovario tiene siempre seis, este es el nuevo tipo primitivo.

“La teoria de M. de Candolle revela al observador un mundo nuevo.

“Vamos ahora á pasar á un órden diferente de hechos y de ideas, del que vá á aparecer bajo un aspecto diferente la gloria de M. de Candolle.

“Los antiguos no han conocido mas que un corto número de plantas. Teofrasto, el mas sabio de todos en la materia, solo contaba quinientas. Muchos siglos despues, Tournefort contó diez y mil, aunque no separaba la variedad de las especies. Lineo, haciendo el mayor servicio á la botánica y separando las especies de las variedades, redujo á siete mil el número de las especies propiamente dichas.

“Cuando hacia el año de 1815, M. de Candolle concibió el proyecto de formar el catálogo completo del reino vegetal, el número de las es-

pecies conocidas solo ascendia á 25,000. Pero, por la paz general de 1815, quedó el mundo á la disposicion de los viajeros, y se vieron llegar anualmente de todas partes inmensas masas de vegetales desconocidos.

“En un escrito publicado en 1817, contaba ya este sabio botánico 57,000 especies de plantas: “Ejército inmenso, decia, cuya confusion solo puede evitarse con el órden mas metódico y mas natural! ¡Fecundidad maravillosa que basta para desanimar á un botánico, si su primera sensacion no fuese la de la admiracion por la causa de esta prodigiosa variedad! ¡Ojalá, añadia, que podamos ver aun á los sabios sacar por consecuencia de estos cálculos, que aun queda mucho que descubrir, mucha gloria que recoger, y que sin embargo no es necesario dormirse, como si todo estuviera ya hecho, ni andar en rivalidades como si nada quedase ya que hacer!

“En el curso de dos años, es decir de 1815 á 1817, habia duplicado el número de los vegetales conocidos; y en 1840, este número, segun el cálculo de M. de Candolle, asciende á 80,000.

“En una sola familia, en la de las *compuestas*, ha descrito mas de 8,000 especies; es decir, mas vegetales en una sola que lo que contenia el reino vegetal entero en tiempo de Lineo.

“M. de Candolle tenia sumo gusto por la sociedad, y del mismo modo que Fontenelle decia de Leibnitz, “passaba muchos ratos en conversacion con las señoras, no dando por perdido el tiempo que empleaba en su compañía.” Su imaginacion ha sido siempre brillante y lozana, equalidades necesarias para agradarlas. Inspirado por ellas, su jocosa y fácil imaginacion sabia encontrar para todo lo mas abstracto, imágenes sencibles; y para lo mas árido, expresiones animadas. En Coppel fué donde en medio de una brillante reunion improvisó uno de los mas notables resúmenes sobre el estado actual de la botánica. Por esta razon las señoras se interesaron vivamente en su gloria.

“Poco despues de su vuelta á Ginebra, se vió precisado á devolver á los Españoles los hermosos dibujos de la *Flora de México*. El autor de esta obra es el sabio Mocino, desterrado de su patria por una política violenta, y el cual logró salvarse de la tempestad como Camoens, y llevarse consigo su obra. Durante su residencia en Francia y perdiendo la esperanza de publicarla, se la confió á M. de Candolle, diciéndole: *Vd. será la causa de mi celebridad*.

“Habiendo vuelto despues á su patria, mas tranquila ya y mas justa, no quiso entrar en ella sin esta *Flora de México*, quando esto el mas señalado servicio que el gobierno español ha podido hacer á las ciencias. M. de Candolle iba pues á perder tan hermosas plantas, precio-

esos y necesarios materiales para su grande obra. Ginebra se conmovió con esta noticia. Apenas M. de Candolle pensó en hacer copiar algunas especies sacadas de entre las mas raras, cuando se resolvió copiarle toda la Flora: mas de cien señoras tomaron parte en este trabajo, quedando copiada en diez dias la *Flora de México*.

«Acabo de contar la vida y de hacer la enumeración de los trabajos de M. de Candolle: estos inmensos trabajos marcan una nueva era en la botánica.

«Habiendo Tournefort constituido la ciencia, habiendo esta recibido de Linceo una lengua, y habiendo los hermanos Jussieux fundado el método, solo quedaba que abrir á la botánica el estudio de las leyes íntimas de los seres: esto es lo que ha hecho M. de Candolle, el solo hombre, despues de Linceo, que haya abrazado todas las partes de esta ciencia con igual ingenio. Considerado como profesor, su gloria es única, pues que no se habia enseñado aun la botánica con semejante brillantez. Ideas claras, método cierto y seguro, elocución llena de gracia, todo en sus lecciones elevaba y cautivaba el espíritu: esponiendo los hechos, ponía á su lado el arte de juzgarlos; y haciendo observaciones, enseñaba el modo de observar. Pontenelle ha dicho que el arte de descubrir es mas precioso que la mayor parte de las cosas que se descubren.

«En sus grandes obras sobre la *Teoría de la Botánica*, sobre la *Organografía*, sobre la *Fisiología vegetal*, no tiene á la verdad ni el bello estilo de Tournefort, ni la espresion tan maravillosamente original de Linceo; pero posee todas las cualidades que en un escritor son la consecuencia necesaria de una cabeza profunda: tiene las dos primeras en las materias filosóficas, elevación y claridad.

«Es un error grave, aunque muy comun, el suponer que en una idea puede haber elevación sin tener claridad: este último requisito es inherente al primero; *trascientalmente claro*, ha dicho Descartes, el talento mas luminoso de la Francia.

«Considerado como novador, le distingue particularmente una cualidad, esta es la de una lógica perfecta. La lógica es el guía secreta de los talentos felices en sus empresas.

«Considerado en fin como hombre, M. Candolle ha sido un hombre de bien, un útil ciudadano, una persona amable, que ha sabido hacer olvidar al sabio y hacerse perdonar su gloria con la bondad de su carácter y con las gracias de su ingenio.»

(Correo de Ultramar.)

Apártanosos de pensar en los intereses personales, la atención que el estudio exige nos dispone á juzgarlos mejor.



UNA NUBE.

Ved cuán hermosa flota en el azul purísimo del cielo esa nube que resplandece como un vellon de plata, y que se mece sobre el aire como un pensamiento de amor que vaga en nuestra mente. Al amanecer se levantó del lago, cándida y leve como una águila blanca que sube hácia los cielos. Pasó por el Oriente, y la tiñó la aurora con un tinte rosado, y vino el dia y derramó su luz sobre ella, y se elevó en el éter como una espuma de oro. Voló por muchas horas hácia el Ocaso, hácia el Septentrion; y recorriendo el cielo en todas direcciones, recogía por todas partes los sirros y celages que el viento desgarraba; así se hizo mas bella, y se entendió como una serranía de nieve en el confin del horizonte. De allí volvió blanca y radiante cuando ardía el sol en el cenit, cuando su luz como lluvia de fuego caía sobre la tierra. Los ciervos reposaban acensando sobre el musgoso prado; las aves, anhelantes, fatigadas, aleteaban para refrescar la atmósfera incendiada; las plantas, abrasadas, doblegaban su tallos, y dejaban caer hácia la tierra con languidez sus tristes hojas. La nube pasó entonces debajo del sol, y su sombra se deslizó sobre la tierra, mugieron de placer los ciervos fatigados, respiraron las aves y preludivieron sus melifluos cantos; levantaron las plantas sus tallos descaecidos, y las flores abrieron sus corólas. Entonces la nube espesó la fresca lluvia sobre la tierra enadecida, y cuando el sol volvió á salir, la tierra toda resplandecia, porque los animales del prado estaban empapados, y las plantas goteaban el rocío, y las aves espesaban agua al sacudir sus alas y al esponjar sus plumas esmaltadas. Ved ahora esa nube poco ha tan alba cuando subía al cenit reposando ya en el Ocaso, sumergida en un lago de fuego, en parte dorada, teñida en otros puntos de rosicler y nácar, y arrojando hácia todas partes las ráfagas del sol, que ya se spaga. Su birá de nuevo al anochecer; y cuando salga la luna del Oriente, esa perla del cielo verá su fulgor sobre la nube, ó rodrará con ella cuando esparsa el rocío sobre la tierra. Así es como una nube sola ha podido ocupar nuestro espíritu en contemplarla durante algunas horas; porque la naturaleza entera se reproduce, aunque en pequeño, con todo su esplendor, aun en sus mas ligeras producciones; en una nube y en una gota de rocío, en el rayo y en una chispa, en el sol que ilumina á todo el universo y en la luciérnaga que brilla por la noche, vagando entre las flores.—L. E.



ANTIGUA TICONDEROGA,

PINTURA DE LO PASADO.

Volviendo una ocasion á Nueva-Inglaterra de una visita al Niágara, me encontré un dia del estio antes de anocheer en Orwell, cerca de cuarenta millas de la estremidad Sur del lago Champlain, que tiene ahora el aspecto de un rio, ó una pequeña bahía. Estábamos en la costa de Vermont, con un estrecho de menos de una milla de ancho, entre nosotros y la ciudad de Ti, en Nueva-York.

A la orilla del lago, á diez yardas del agua, habia una muy bonita taberna blanca, con una plaza á su frente. Un muelle, y uno ó dos almaceenes estaban cerrados, y manifestaban tener buen comercio extranjero y doméstico; el último con labradores de Vermont, el primero con buques navegando entre Whitehall y los dominios británicos. Bien considerado, este era un lugar agradable y variado. Yo estaba contento en él; entre otras razones, por la de que habia un continuo movimiento de viajeros, que gastan un buen cuarto de hora en esperar el bote destinado á pasar el estrecho; lo que me permitia bastante tiempo para hacer su conocimiento, penetrar sus secretos, y libertarme de ellos sin el peligro de tedio por una ó otra parte.

TOM. I—XXX

El mas grande atractivo en esta variedad, es la famosa y antigua fortaleza de Ticonderoga, cuyos restos son visibles desde la plaza de la taberna, en un espacio de tierra que termina á la vista del lago. Aquellas celebradas alturas, del monte de la Desconfianza, y monte de la Independencia, conocidos por la historia á todo americano, están bastante elevados para ser reconocidos, aunque ninguno de los dos corresponde precisamente á las imágenes que sus nombres escitan. En verdad, el todo de la escena, excepto el interior de la fortaleza, me quitó la ilusión. El monte de la Desconfianza, que uno se representa como una altura escarpada, elevada y áspera, de la mas formidable apariencia, amenazando con el desagradable aspecto de un precipicio á la antigua Ticonderoga, es meramente un prolongado y boscoso sillón ó faldá, y que llevaba en tiempo anterior el gracioso nombre Monte de Azúcar. Ciertamente es difícil subir por el frente, y á bastante altura para observar cada ángulo de la fortaleza. La razon mas probable que hay para que St. Clair desconfiase ocuparla, fué la falta de tropas para cubrir las obras ya construidas, mas bien

que la supuesta inaccesibilidad del monte Desconfianza. Es muy singular que los franceses nunca fortificaron esta altura, hallándose como se halla, en un punto desde donde ellos hubieran impedido el avance de un ejército inglés.

En mi primera visita de las ruinas, fui favorecido con la guía científica de un joven teniente de ingenieros, salido recientemente de West-Point, en cuyo colegio había adquirido crédito por su gran genio militar. Yo no veía más que confusión en cuanto especialmente lo interesaba. Líneas estrechas y *sigas*, defensa sobre defensa, muralla opuesta á muralla, y foso interceptando otro foso; cuadrados oblongos de cantería bajo la superficie de la tierra, y grandes valladas ó cercas, ó capas de césped, cubriendo alturas de piedra sobre ella. En una de estas pequeñas alturas artificiales un árbol de pino ha nacido por sí mismo, y crecido derecho y fuerte, desde que la asta bandera fué destruido. Pero donde mi anti-militar ojada, no hallaba restos de regularidad, el joven teniente encontraba perfectamente en su elemento. El imaginaba el objeto de cada foso, y formaba un plan completo de la fortaleza, y de sus medio destruidas líneas. Su descripción de Ticonderoga, podría ser tan segura como un teorema geométrico, y como una estéril poesía que hubiese descrito á la vista de su decadencia. Yo consideré á Ticonderoga, como una plaza de antigua fuerza, en ruinas hace medio siglo; en donde las banderas de tres naciones han flameado sucesivamente, y ninguna ahora; donde los ejércitos han combatido hace tanto tiempo, que los huesos de los muertos se han reducido á polvo; en donde la paz ha hallado una herencia en los abandonados antros de la guerra. Ahora el joven de West-Point, en sus lecturas de rebeldes, (contra escarpas), ángulos y caminos cubiertos, hace un asunto de ladrillo, mezcla y piedra desigual, colocados bajo principios regulares, teniendo buenos materiales para trabajar en matemáticas, pero nada en poesía.

Habría estado contento de encontrar á mi lado á un veterano encanecido, que me dijese algo, acaso de las guarniciones francesas y de sus aliados los indios, de Abercrombie, Lord Howe y Amherst, del triunfo de Ethan-Allen, y de la rendición de Saint Clair. El anciano soldado, y la antigua fortaleza, serian emblemas uno de otra. Sus recuerdos, aunque representados como la imagen de Ticonderoga en el lago, formarían armonía con la influencia gris de la escena. Uno que hubiese sobrevivido á las pasadas y dispersas guarniciones, aunque fuese un simple soldado, habría pasado revista á sus gefes y camaradas muertos, algunos sepultados en la abadía de Westminster, en los cementerios de los templos ingleses, y en los campos de batalla de Europa; otros cuyos sepulcros se hallan aquí

en América; otros, y no pocos, que duermen el sueño de la muerte al redor de la fortaleza: é hubiera revistado á todos ellos, y hechoslos marchar por entre la arruinada muralla, volviendo hacia mi sus antiguos históricos rostros, como si pasasen cerca de algún compañero: lo mas exacto es la propia imaginación.

En otra visita fui solo, y despues de haber trepado sobre todas las murallas, me senté para permanecer solo en una de las barracas interiores. Estas son todas de construcción francesa, y parece que ocupaban tres lados de una grande area, ahora cubierta con pastos, cardos y ortigas. La en que yo me hallaba, era larga y angosta, como lo habian sido las otras. Los quicios, pisos y divisiones, y el resto de la obra de madera, habian sido probablemente quemados, excepto algunos pilares de bien conservado encino que fueron chamuscados por el fuego, permaneciendo sin embargo embudidos en los quicios de las ventanas y sobre las puertas. Quedaban algunas particulas de estucado cerca de la chimenea, pintadas de unas flores toscas, acaso de la mano de un soldado. La mas grande abundancia de yerbas habia crecido entre el edificio y los arruinados restos de la muralla. El pasto y yerbas crecían en las ventanas, y en todas las grietas de las piedras, trepando de una á otra, y hasta un césped de flores amarillas, ondeando hasta el mas alto pico de las almenas. Alguna planta de especie, difundía un olor agradable entre las ruinas. Un monton verdoso de vegetación ha cubierto el fondo del segundo piso, llenando el mismo lugar en que los enormes troncos se han convertido en brasas ardientes, y florecido en el sitio en que el gran caldero arrojaba siempre el vapor sobre el círculo de soldados franceses é ingleses. Confieso que no observé otro punto que ocasionase mas fuerte impresión de la ruina, como el lecho de verdura en el lugar mismo del dormitorio.

Allí estaba yo sentado, con estas ocultas paredes delante de mí, el claro firmamento sobre mi cabeza, y los últimos rayos del sol con una hermosa brillantéz entrando por los claros de las ventanas y de las puertas. Oía el sonido de un cencerro, el gorgoe de los pájaros, y el agradable zumbido de los insectos. Una vez, una alegre mariposa, con sus cuatro alas de oro, vino y zumbó cerca de mi cabeza, luego voló y brilló en el alto tejido de flores amarillas, y al fin dirigió su vuelo al través del lago. En seguida una abeja, cerca de ponerse el sol, vino y halló mucha miel entre las verduras. Despues de observarmiel hasta que se perdió de vista para ocultarse en su distante colmena, cerré mis ojos en Ticonderoga destruido, y procuré una especie de sueño ó contemplación, sobre las pinturas de lo pasado, y las escenas de que este lugar fué teatro.

Al principio mi fantasía solo vió los montes ó alturas estiores, los lejanos lagos y los venerables bosques. Ningun árbol desde que en semilla cayó sobre la tierra virgen, ha resentido el hacha, sino que ha crecido y florecido en medio de su dilatada generacion, ha caido por el peso de los años y enterrado en el verde césped y dado alimento á las raices de otros tan elevados como él. ¡Escuchad! Un ligero remo oprime las aguas del lago, una fragil canoa se desliza, rodea por el lugar, y un gefe indio pintado y con penacho de plumas, armado con un enchillo de madera dura como el acero, una maza (*) de piedra, un floccible arco y flechas. Pero el ruido de las olas ha cesado enteramente cuando una bandera blanca se desplegó á la brisa sobre un castillo, cuyas ceñudas y verdosas murallas están coronadas con cien cañones. Allí permanece un caballero frances, comandante de la fortaleza, haciendo la corte á una dama de color bronceado, la princesa del país, y captando su amor salvaje por medio del arte que ha producido tan buen suceso entre las damas parisienses. Una partida de guerra de franceses é indios, es enviada del castillo á llevar la destruccion á algun pueblo de la Nueva Inglaterra. Cerca de la fortaleza se hallaba un grupo de danzadores. Los alegres soldados ballaban con las salvages alegres mozas; en lo profundo del bosque, algunos hombres bronceados nacían desgraciados, sin otro destino que trabajar perpetuamente y sin esperanza en un molino, y aquí y acullá, un jesuita predicaba la fe desde un tronco de verdura, y distribuía Crucifijos para ser colocados entre las osamentas de los ingleses.

Querria presentar una serie de pinturas de la antigua guerra de Francia, en que las escuadras se hallaban en el lago y los ejércitos en los bosques, y especialmente de la desastrosa retirada de Abercrombie, en la que se perdieron millares de vidas; pero mas bien que describir el órden de una batalla perdida, prefiero una escena nocturna en las barracas, despues que se rindió la fortaleza á Sir Jeffrey Amherst. ¡Cuán fímeno fuego arde en este recinto, reptiendo espadas, bayonetas y fusiles, tomando el color rojo del escarlata de las casacas, hasta que todas las barracas reciben una fuerte luz! Un soldado ha resuelto quedarse en el campo despues de una caza de ciervos, ó acaso huye entre los bosques perseguido por los indios. Dos quedan igualmente por una disputa, estando á punto de llegar á las manos. Un pito toca alegres acompañamientos, y un cantador de Drummer, una cancion de ligero amor y guerra sangrienta, con un coro entonado por cuatro y repetido por veinte voces. Entre tanto, un vete-

rano en un extremo está prosando sobre Dettin-gen y Fontenoy, y relata las tradiciones del campo acerca de las batallas de Malborough; hasta que su pipa, habiendo sido fuertemente cargada con pólvora, haciendo un terrible explosion bajo sus narices. Y entonces todos ellos se dispersan por un golpe de humo de la chimenea.

Realmente he recorrido rápidamente los siguientes veinte años que han pasado pacíficamente en la fortaleza fronteriza, hasta que el tiro de Ethan Allen fué oído, intimándole la rendición. «En nombre del gran Jehová y del congreso continental.» ¡Estranos aliados! meditaba el capitán británico. Próximamente llegó la repentina revista de los soldados de la libertad, cuando el conde de Burgogne, dirigiéndose á la fortaleza desde la falda del monte Desconfianza, anunció un nuevo conquistador de Ticonderoga. ¡No es virgen esta fortaleza! Cuatro arrojan la mezclada multitud de las barracas: uno llevando el azul de la union; otro la casaca roja de los ingleses; un tercero, una piqueta de dragon, y el cuarto, una camisa de algodón; aquí se encontraban un par de calzones de cuero, y allí unos calzones rotos; una gorra de granadero en una cabeza, y un ancho sombrero con una pluma en la siguiente; este muchacho cargando á la espalda una arma real que podia fijar una bala de punta en blanco, y su camarada un esmeril admirable para matar patos en el lago. En medio de esta confusion, cuando la fortaleza estaba ocupada con esta última escena de guerra, el sonido de una campana en el lago, me hizo abrir rápidamente los ojos, y observar solamente las pardas y solitarias ruinas. Mas estaban tan pacíficas y tranquilas bajo el sol, como el sepulcro del guerrero.

Subiendo á la muralla, percibí que se habia hecho la señal por el vapor Franklin, que desembarcó un pasajero, de Whitehall en la taberna, y siguió su navegacion al norte para llegar al Canadá en la siguiente semana. Una góleta seguía el mismo rumbo; un pequeño esquife habia pasado ya el estrecho, mientras una canoa cargada con madera estendía su vela cuadrada y seguía el lago. Todo el país era un campo cultivado. A tiro de fusil de las murallas crece la preciosa villa de Mr. Pell, que desde la revolucion ha venido á ser propietario de un lugar, por el que Francia, Inglaterra y América han luchado tan á menudo. ¡Cuán poderoso se presentó á mi espíritu el tiempo trascorrido, y el cambio de las circunstancias! Elevados árboles han crecido en las murallas de Ticonderoga, desde que la última guarnicion militar la evacuó para no volver jamas, ó solamente en la poesia de Drummer, descendiendo desde el crepusculo pasado, hasta desvanecerse entre las presentes realidades.

(Trad. del Fam. Mag. para EL Museo.

(*) Tomahawk.

UN INCENDIO.

EL PRESENTIMIENTO.

PARTE PRIMERA.

Entré en su casa en efecto
Habiendo antes precedido
Mil juramentos, mil votos
Que sería su marido.
Calderon de la Barca.

I.

ERA una noche de Enero,
El viento soplabá frito
Y dos hombres en el ático
Del templo estaban; dormido
Parecía el uno, el otro
Triste, inquieto y pensativo;
Este era un noble á juzgar
Por su espada y capotillo,
Por su arrogancia y su porte
Caballeresco y altivo;
Y aquel, tener parecía
De escudero el ejercicio.

—Por Dios qué noche tan cruda,
Dijo uno á otro, cobarde,
Despierta.—Jesus, qué tarde!
Amanecemos sin duda.
—Este silencio horroroso
Me parece el de la tumba;
Ni siquiera el viento zumba;
Todo calla.—Pesaroso

Estoy ya de haber salido
Á acompañaros.—¿Qué dices?
Nada, señor.—Infelices
Siempre los hombres han sido,
Y serán mientras el mundo
Ruede en el espacio inmenso,
Porque, Simon, es intonso
Su padecer y profundo.

¡Ah! cuántos en este instante
Desesperados al cielo
Pedirán vano consuelo. . . .
—Y si quien pide es amante
Su padecer no es extremo.
—Tú no conoces, Simon,
La fuerza de una pasión.
—Á vuestro pesar me temo
Que nadie se haya shoracá
Por la fuerz; del amor;

Que es malo salir, señor,
Tras de cornudo apaleado.
—Impacientándome vas
Con tus malditas respuestas.
—Pues señor, si son auestas
Inportunas, no habléis mas.
Que ese amoroso delirio
Ni siquiera dormir me deja,
Ademas con tanta queja
Solo aumentais el martirio. . . .
—No, que soy correspondido.
Nunca he sufrido desprecio.
—Por lo mismo, que sois necio
En quejaros he sentido.

—Yo necio! . . . calla, villano,
Ó, vive Dios, que te mate.
—¡Matarme! . . . ¡Qué disparate!
Alzar para mí la mano! . . .

Y si lo bicierais, señor,
¿Quién os acompañaría
Ya de noche, ya de día,
Á tantas citas de amor
Como tenéis!—Vive Cristo,
Que ó detienes esa lengua
Que se atreve á poner mengua
En mi honor, ó no resisto
Á mi cólera y te mando
Á visitar á Luzbel.
—Á mí que he sido tan fiel
Mandarme á tan fiero bando!

No, señor, mirad que soy
Cristiano viejo, fiel criado;
Que si soy algo menguado
Presto á corregirme voy.
Y si dije que tenéis
Muchas citas, no mentí;
Hubiera mentido si
Hubiera dicho que veis
Muchas damas.—Bravo medio
Para salir del apuro.

—Es el medio mas seguro,
Es el mas fácil remedio.
—Jesus, qué tardar la una,
Un siglo so me hace ya.
Gente viene por allá;
¿Será ronda por fortuna? . . .
Y no me engañaba, ella es,
Maldita sea mi estrella;
Mas librarme sabrán de ella
En esta ocasion mis piés.

—Espera, cobarde, espera;
Que si te atreves á dar
Un paso, te he de matar.
—¿Á mí matarme? ¡Quimera!
Adios; y no os aseguro
Las ganancias.—Toma, y calla.
—Sin tener cota de malla,
Vive Dios, que estais muy duro.

Mas ya que quiere la suerte
Contra la pared y espada
Ponerme, no temo nada,
Aquí esperaré la muerte
De pié firme. ¡Qué he de hacer
Me queréis, señor, decir?
—Callado estar, no huir,
Y sin temor responder.

—Pues bien, ya vienes, Simon,
Por Dios, estate aquí quedo;
Desecha temor y miedo
Y haz de tripas corazon.

Procuró Simon tomar
Un aire arrogante, altivo;
Mientras, D. Juan se ocultaba
Para no ser conocido.

Se acercó entonces la ronda
Que guardando aquel recinto
Andaba; y al ver dos hombres
Los creyera foragidos.

R.—Hola; ¿quién sois?—S. Un hidalgo
Que á solazar viene aquí.

R.—¿Queréis burlaros de mí?
Ved que soy alcalde y valgo
Mas de lo que vos pensais.

S.—Á solazar vengo, cierto;
No me burlo ni de un muerto.

R.—Pues cómo aquí solazais,
Siendo una noche de invierno?

S.—Dadme aquí, señor, la mano.
R.—Responded, por el infierno,
Ó á la cárcel vais á dar. . . .

Llevadle. . . S.—Cuerpo de Cristo!
Jamás tan gorda la he visto. . .

Santa virgen del Pilar!
J.—Soldadde, ó viven los cielos,
Que os haga dos mil pedazos.

S.—¡Ay! que me rompen los brazos
Por causa de sus desvelos.

R.—Y vos quién sois, que orgulloso
Venís á mandarme? J.—Soy. . . .

S. . . . D. Juan de Armendia y Godoy. . . .
Venid, libradme piadoso.

R.—Soldadde, que venga aquí.
Y vos, señor, dispensad
Un equívoco, y quedad
Con Dios. S.—De buena salí.

Y la ronda prosiguió
Con jácara su camino,
Mientras D. Juan y Simon
Quedaron en aquel sitio.

D. Juan volviendo á la vaina
La espada de doble filo,
Y Simon, dando á los diablos
La influencia de su sino.

Mas éste presto entregóse
Á un sueño dulce y tranquilo,
Como el hombre que de penas
Su pecho tiene vacío.

Y Don Juan cuyo semblante
Revelaba los martirios
Del corazon, exclamó
Con un temblor convulsivo:

¿Qué inquietud me atormenta! justo cielo,
Luisa me adora, la amo con ternura.
Y sin embargo, tétrica amargura
Niega á mi corazon paz y consuelo.

Dentro de poco en su agitado seno
Mi cabeza pondré, cuántas delicias
Me brindarán sus plácidas caricias
Sobre este pecho de tormentos lleno.

Pendiente allí de su nevado cuello
Estamparé en su labio un beso ardiente,
Y ella me estrechará, que su alma siente,
Y es del Eterno el divinal destello.

Seré feliz, porque es un ángel puro
Que Dios al hombre ofrece en compañía,
Es la dulce esperanza que nos guía
De la felicidad al bien seguro. . . .

Poro este peso que me oprimo el alma
Que funestos pesares me predice,
Yo me sueño feliz, y alguien me dice:
Ya no en tu pecho habitará la calma.

Calló, de dolor profundo
Lanzó un lígubre suspiro
Que hundiendo el viento sonoro
Repió el eco tranquilo.

Se envolvió en su ferruclero
Y en la espada que en el cinto
Ostentaba apoyó triste
Su brazo desfallecido.

IV.

En la catedral soberbia
Las doce sonaban ya:

Desierta estaba la plaza,
Lóbrega, oscura además.
México entonces no era
Esta opulenta ciudad,
Cuya frente magestosa
Brillante y pura hoy está.
Calles sucias, asquerosas
Y acacias turbias no mas
Se veían por do quiera
Y de noche oscuridad.
Era lúgubre su aspecto,
El silencio sepulcral
Parecía que sus alas
De agujero triste y fatal
Siempre tendidas tenía
Sobre esta yerba ciudad
Del genio de las tinieblas
Del misterioso callar.
De la plaza en el recinto
Se alzaba la catedral,
Soberbia, cual se levanta
El gigantesco volcan.
La circundaban las casas
De los nobles, y además
De los altivos vireyes
El palacio, do quizá
Era mas el esplendor,
Mayor la suntuosidad
Que en los alcázares régios
Del católico Sultan.

Allí en el átrio del templo,
D. Juan está aun sentado,
La dulce voz de su amada
Con impaciencia aguardando.
El viento soplabá apenas,
El silencio era estremado
Y solo el grito del buho
Se oía de cuando en cuando;
Cuyo acento misterioso
Daba miedo y sobresalto:
Tal vez de algun transeunte
Se escuchaban recios pasos.
Que el cimientó estremecian
Del edificio sagrado:
Todo oscuro estaba, todo
Ni el melancólico rayo
De la luna se miraba
Cual otras veces callado,
Bañar con su luz divina
De la catedral el átrio.
Por su costado derecho
Se alzaba un edificio alto,
Digna morada de un noble,
Que hoy es la casa de estado.
Allí respiraba un ser
De D. Juan al alma caro,
Una muger, un tesoro
Para un hombre apasionado.

Una hora hacia que triste
Estaba allí meditando
En su corazón sensible
En el funesto presagio.
Cerca de la dicha estaba:
Mas temblaba sin embargo,
Porque en su pecho sentía
Pesar de hierro una mano.
Y la copa del placer
Temió acercár al labio,
Porque era presa infeliz
De mortales sobresaltos.
Porque á veces se fascina
La suerte de los humanos,
Cuando el juguete se juzgan
De su destino tiranos.

Sonó la una, D. Juan
Se paró sobresaltado,
Se acercó á Simon, háblale
Volviendo el rostro á sus lados.
Y el escudero cobarde
Despertó refunfuñando,
Que mas quisiera dormir
Que acompañar á su amo.
Y echaron á andar los dos
Con paso precipitado,
Y de la casa de enfrente
Bajo el balcon se pararon.
Pronto el rechinar de un gozne
Oyeron los dos abajo,
Y el acento de una dama
Escucharon suave y blando.

—D. Juan, la cuerda tened,
Dijo, subid presuroso.
—Y tú, Simon, silencioso
Aguárdame.—Qué merced!
Así del padre el cuidado,
Mugeres locas, burlais;
Duérme quieto, y le engañais
Cuando se cree mas honraís.

Puso la escala D. Juan
Y subió precipitado,
Entró, cerróse el balcon,
Y Simon quedó aguardando.

PARTE SEGUNDA.

LAS ILUSIONES.

Cielos, quéndime el temor,
Pues que me dais la esperanza.
Lope de Vega.

Reclinados en blandos cogines
Recomados de rica labor,
Donde brillan la plata y el oro,
Y las perlas de Oriente blason.

—Habla presto, y abrevia el tormento
Que comienza mi alma á agobiar.

De México en la orilla
Silencioso vagaba,
Cuando el sol declinaba
Al Ocaso con fulgido arrebol.
Y ocupado en tí sola
Mi pensamiento rago,
Flotaba al dulce halago
De los recuerdos de un feliz amor.
Todo alegría era,
Todo estaba risueño,
Ni del invierno el ceño
Se mostraba en el cielo de zafir.
De la vega el silencio
Aumentaba mi encanto,
Y no escuchaba el llanto
De la tórtola viuda, ni el gemir.
Que en mi alma retratada
Tu imagen peregrina,
A la region divina
Me trasportaba, donde brilla el sol.
Y allí te contemplaba
Entre el virgineo coro,
Un velo de adama de oro
Tu frente ornaba, emblema del pudor.
Allí te ví en un trono
De magestad velada,
Y luego alborozada
Dirigírté á mi lado te miré.
Mas luego ante mis ojos
Miré estenderse oscuro
Un velo denso, impuro
Y un acento fatidico escuché
Que me dijo terrible
Como la voz del trueno,
Huye, que ya en el seno
Del Eterno reposa esta muger.
Al resonar rompióse
El tenebroso velo
Y te miré en el cielo,
Y yo en la tierra misero quedé.
Desfallecido entonces
Cual herido de un rayo
Caf en letal desmayo,
Que todos mis sentidos embargó.
Pero volviendo luego
De aquel sopor profundo
Me hallé en el triste mundo
Cual antes de la mágica vision.
Y de entonces me oprime
Un peso y un tormento,
Fatal presentimiento
De súbitos pesares y dolor.
Esta, Luisa, es la pena
Que despedaza mi alma,
Que me roba la calma
En los dulces instantes del amor.

Dos personas están silenciosas,
Embragadas de gozo y amor;
Una es hombre, la otra una dama
Mas hermosa, mas pura que el sol.
De la mágica jóven el rostro
De una lámpara al vivo fulgor,
Se descubre hechicero y divino,
Cual de un sueño la dulce ilusion.
Y el mancebo contempla las gracias
De aquel rostro que anima el candor,
Cual contempla devoto cristiano
Mudo, absorto, la imagen de Dios.
La alegría, el placer, el contento,
Embargaban su acento y su voz;
Y al mirar sus encantos divinos
Junto á ella estasiado quedó.
Impaciente y ansioso la mira
Y la cubre de dulce rubor,
Y rompiendo el silencio la dice
Poseído de ardiente pasión:
¿Qué momentos tan plácidos, Luisa!
¿Quién envidia en tus brazos divinos
Y el escudero cobarde,
La riqueza y el vano poder!
Ese aliento balsámico y puro,
Que despiden tus labios ardientes
Embebecen mi alma, ¿no sientes
Como agita mi pecho el placer?
El gobierno del mundo trocara
Por tan dulces instantes, mi Luisa;
Por mirar tu hechicera sonrisa
Todo diera, si no es el honor.
—El honor! pronunció, y tu labio
Ese nombre sublime y sagrado
Fé perpetua D. Juan me has jurado.
—Nada temas, mi vida, mi amor.
—Nada temo, D. Juan, á tu lado,
¿Qué temor asaltarme podria?
¡Oh! ninguno, que mi alma se fia
En el que ama con cálido ardor.
—¿Angel puro, me adoras?—Te adoro.
—Y este pecho que oprime mi alma,
¿Por qué, cielos, me quita la calma
En los dulces instantes de amor?
—Tú padeces, D. Juan, y me ocultas
De tu pena los crueles horrores:
Dí, D. Juan.—No, mi Luisa, de amores
Solo ahora debemos hablar.
—No, D. Juan, cual tú dices me adoras,
Cuando tomes tus penas confiar.
—Mi silencio, mi bien, no te alarme,
Que no quiero tu gozo turbar.
—No padezco.—¡Imprudentel pretendes
Engañarme con falsa apariencia,
Cuando amarga tu triste existencia
Algun negro, funesto pesar.
—No te aflijas, no llores, bien mio,
Oye, escucha, la pena que siento.

Nada temas, D. Juan : ¿quién podría
Separarme feroz de tu lado?
¿Tú no me amas? ¿Tú no eres amado?
¿Qué mas quieres?—Ya nada, mi bien.
—Las visiones de tu alma escaltada
Son delirios de amante querido
Que en las horas ociosas perdido
Busca tregua al continuo placer,
—Reanima mi espíritu débil
Si, muger, que los cielos te hicieron,
Y alma pura, divina, te dieron
Para alivio del pobre mortal.

Tus palabras, qué magia contienen!
Que persuaden al hombre mas fiero.
—El amor, por mi boca, hechicero
Es el que habla á tu pecho, D. Juan.
—Dices bien, el idioma divino
De ese amor que es del mundo la esencia
Que embellece la triste existencia
De dulzura tus labios llenó.

Y tú me amas, y crédulo doy
Á funestos presagios cabida
En mi pecho? . . . ya no, que mi vida
Á la tuya la liga el amor.

Ni Dios mismo podrá separarnos
De hoy, mi Luisa . . . ¡tú lloras!—De gozo,
Sí, D. Juan, que un divino alborozo
Este llanto me obliga á verter.

—Ese llanto, mi Luisa, es mas puro
Que el rocío que cubre los prados . . .
¡Ah! mis miembros están abrasados
Por el fuego de fiebre cruel.

—En mi seno rechina tu frente
—¡Sientes, Luisa, mi aliento de fuego?
Por piedad, muger bella, te ruego
Que me dejes mi llama templar

En tus labios. . . —¿Qué puedo negarte
Si me adoras, D. Juan, con exceso?
—Ni qué puedo pedirte, si un beso
El mortal mas dichoso me hará!

El entonces de Luisa en los labios
Dulce beso gozoso imprimió,
Se estrecharon, y lánguidamente
Se adormieron al soplo de amor.

PARTE TERCERA.

LA REALIDAD.

Fué siempre el alma en los hombres
El divino mejor. *Lope de Vega.*

En los aires de lúgubre campana
Graves sonidos pavorosos vibran
Levatos, pausados, cual de viejo endeble
Los pasos vacilantes; horrorizan
Y sobrecojen de la noche triste
En el silencio el alma pensativa:
Nueva toques van ya; la voz del ángel
Que en el tremendo postrimero día

Convocará á los hombres ante el tronco
Á aparecer de magestad divina
No sonará con tan potente influjo
Del protervo en el alma endurecida,

Como ese toque que los aires hiende
Y cuyos ecos en el cielo espiran.
Esa campana ¿qué misterio encierra
Que se levanta súbito al oír!

El indolente cortesano, y corre
Y vuela presuroso á donde gritan
Como el ave medrosa que abandona
Su dulce nido en la tormenta impía!

Tiembla la virgen tímida, el mancebo
Del hogar paternal se precipita,
Y alza á los cielos sus temblorosos brazos
El viejo débil que el temor fatiga.

En vez de oscuridad, ora en las calles
Las rojas luces esplendentes brillan
De teas mil que por do quier se encienden
Y que los vientos sin cesar agitan.

El silencio tambien que antes reinaba,
La dulce calma que antes se veía
Las voces turban del medroso pueblo
Que en inmenso tropel se precipita.

Sigue con fuerza y rapidez el toque
De la campana, y ya la turba gira
Y de la plaza en el espacio hierve
É incendio, incendio, pavorosa grita.

Una columna de luciente fuego
Subir al cielo lúgubre se mira,
Y envuelta en humo con funesto brillo
De la ciudad el ámbito ilumina.

Y la turba se mueve cual las olas
Cuando la mar se muestra embravecida
Y entre sí chocan, cual las pardas nubes
De tempestad en la region sombría.

Grande es tu agitacion, grande es tu espanto,
Grande tambien la fuerza que le anima
Á contener la candidora llama
Que amenaza voraz estrago y ruina.

En el murrido seno de su amada
Recostado D. Juan aun se mira,
Y ella tambien sobre su pecho
Lánguidamente su cabeza inclina.

Hermosa es su actitud, cual es hermosa
La de la adelfa en la estacion florida
Si sus ramas se apoyan en el césped
Del quieto arroyo que en el campo gira,

Surpecho lato con quietud y calma,
Feliz señal de cosegada vida,
Mientras D. Juan que aun entre sueños sufre,
El corazon con fuerza le palpita.—

Suenan las tres y súbitos despiertan,
Y ambos entonces sin querer suspiran;
Se levanta D. Juan, toma la capa
Y la espada se ciñe; y luego se hincan.

Y por segunda vez un beso imprime
En los púdicos labios de Luisa.
—«Es hora de partir, las tres han dado,

D. Juan le dice, duerme tú tranquila;
Que el ángel del Señor tu sueño vele.”
—Adios, D. Juan, responde.—«Adios, querida.”
Y al balcon se dirige presuroso
En el momento en que la turba grita,

Y al fuego, al fuego, sin cesar repite,
Y la escucha D. Juan, y se horroriza.
—¡Oyes, oyes, D. Juan! Luisa le dice,
Y él no responde, y con mortal fatiga

La fatal realidad de mis presagios,
Al cielo esclama, ¿se verá cumplida?
Pero no tiembles, tranquiliza tu alma
Y abre el balcon, y entonces ¡ah! vacila

Aquella virgen tímida y graciosa
Y lanza un grito y ya desfallecida
Al suelo cae, cual marchita rosa
Que en la pradera su cabeza inclina.

En humo envueltas las volarces llamas
Y la transforman en ardiente hoguera
De horrible aspecto que pavor inspira,
Que terroriza el corazon mas fuerte;

Y á la infierno que en su centro abriga
Es un infierno que se consume vorace
Dos infelices desgraciadas victimas.
El edificio treme, las paredes

Demoronadas amenazan ruina,
Cruje el artesonado, las columnas
Cual carbusto ante el ábrego vacilan,
Van á caer! y bajo el peso enorme

Luisa y D. Juan escalarán la vida.
¡Qué horrores, qué martirios, qué tormentos
Para una alma que adora enardecida,
Para una alma que acaso se creyera

En el colmo supremo de la dicha!
¡Oh jóvenes! soñabais la ventura
Y entre mares y plácidas caricias
Las nubes no veiais que á lo lejos

El horizonte cubren de la vida.
Volvedeis del letargo, despertásteis
Áridos de placer, y en vez de dicha
La realidad palpásteis del destino

Que os preparaba la fortuna impía.
Mira D. Juan caer á la que adora
Con frenético ardor, su frente mira
Cubierta con el velo de la muerte

Y conoce el peligro de sus dias.
Corre á salvarla ó á morir con ella;
Porque para él la vida ¿qué sería?
Sin aquella muger sobrehumana,

Sin aquella alma pura y encendida
Emanacion divina del Eterno,
Su imagen mas perfecta y peregrina!
Silencioso contempla sus facciones

Y un golpe siente que mortal herida
Abre en su corazon. En este instante
Sus miembros tiemblan, y convulsa risa
Vega á sus labios: su mirar parienta, etc.

Es el mirar de un réprobo: es
Tomo I.—XIX

Su negra cabellera, y en su rostro
Su desesperacion atroz se pinta.
Hace el último esfuerzo, es un amante!
Y un amante que pierde á su querida

En el momento en que el placerapura
Y se sueña en el colmo de la dicha.
Quisiera ser un Dios, la alza en sus brazos;
De un hilo pende ya de ambos la vida:

Ó salvarla ó morir! si es que la muerte
De dos que se aman, el destino liga.

II.

“¡Salvad! salvad á mi hija” una voz sale
De entre la turba ahogada por el llanto:
“¡Hija! niña querida, dulce encanto
De mi triste vejez. ¡Será que escahale

Sin volverte á mirar, mi último aliento!
Salvada por piedad y mi riqueza,
Mis títulos, honores y nobleza
Serán del que la salve.—Qué tormento

Para un padre infeliz que en una hija
De su decrepitud cifra el consuelo,
Ver que inhumano se la quita el cielo
Y de su vida el término prefiere.

Allá se mira entre el gentío inmenso
Que levanta muralla impenetrable
Del pobre viejo el rostro venerable
Lleno de angustia y de dolor intenso.

Es grande su inquietud y su martirio,
Como el espacio que mantiene al mundo,
Porque el dolor de un padre es sin segundo
Cuando á sus hijos ama con delirio.

Mira aquel cuadro asolador, terrible,
Aquel cuchillo que clavado tiene,
Y que en su débil corazon mantiene
De la muerte feroz la idea horrible.

Y siente que le anima el noble brío
Que anima al jóven que rebosa vida,
¡Dulce ilusion! que presto destruida
Fué de la edad por el contacto frio.

“Á salvarla de la muerte,
Á salvarla del tormento”
Una voz esclama fuerte:
Y la escucha el viejo inerte

Y refrena su ardimiento.
Es un jóven que brioso
Á salvarla se encamina
Del incendio pavoroso:

Su semblante es animoso
Y él robusto como encina.
Al mirar su atrevimiento
Imitarle todos quieren,

Solo el viejo sin aliento
Cede al peso del tormento
De los golpes que lo hieren.
Levta el jóven ardoroso

Una escala ya en sus hombros
Y, salvarla anhela ansioso

Ó sepultarse animoso
De la casa en los escorbos.
Entre el grito de la gente
Marcha impávido y sereno,
Porque es joven y ardiente
Y en esa ciudad impaciente
Nada pone al hombre freno.
Al llegar pone su escala
Cual intrépido soldado
Que no teme fiero bala
Y se goza en hacer gala
De su pecho denodado.

Pero entonces un grito pavoroso
Se percibe de lo alto de la casa
Que del anciano el corazón traspasa
Y llena de aflicción.

Y cual sucede á tempestad furiosa
Plácida calma en el turbado cielo,
Largo silencio sucedió en el suelo
Á un grito de dolor.

Todos inquietos sus miradas fijan,
Y entre el humo y las llamas pavorosas
Las facciones de un hombre horrorosas
Contemplan con temor.

Una mujer entre sus brazos miran,
Una mujer sin mancha de delirio
Y por segunda vez oyen un grito
Que implora salvación.

El pobre viejo que á su hija mira
En los brazos de un hombre que supiera
Que como fino amante la sirviera
Prevee su deshonra.

Y al suelo cae como roble añoso
Por el vorace tiempo carcomido.
Mirada que su cuerpo sin sentido
Su alma voló al Criador.

En tan confuso espanto ¿quién mirara
Del anciano infeliz el fin postero?
Solo atentos están al lastimero
Grito de salvación.

Se conmueven al ver las sensaciones
Del infeliz D. Juan, que estrecha al pecho
Ya con fiera inquietud, ya con despecho,
Á aquel ángel de Dios.

Nada contiene entonces al intrépido
Para seguir su peligrosa empresa,
Para arrancar tan valiosa presa
Á la muerte feróz.

Y por su escala denodado sube
Mientras el pueblo su valor sostiene,
Y la esperanza plácida mantiene
De alcanzar salvación.

Llega el joven en fin, el pueblo grita
Y los juzga ya libres de la muerte,
¡Infelices! ignoran que la suerte
Su destino fijó.

Ignoran que los hombres miserables
Son conducidos por oculta mano
Al borde de un abismo, donde en vano

Lanzan gritos de horror.
En ese instante el edificio tiembla
Y el cimiento furioso se estremece,
El equilibrio de D. Juan fenese,
Y al suelo van los dos.
Un ronco grito universal se alza,
Al caer ambos se estremece el suelo
Y con rabia D. Juan mirando al cielo
Esclama ¡Maldición!
Enero 21 de 1842 —R. Y. A.



Sistema nervioso de las plantas.

Mr. Dutrochet, observador esacto y autor de una *Memoria sobre la anatomía de la sensitiva*, ha examinado detenidamente los corpúsculos que existen en lo interior del tejido utricular de las plantas, los ha sometido á los reactivos químicos y ha visto que la materia que contienen aquellos corpúsculos se concreta por medio del ácido nítrico, y despues los alkalis la vuelven á su estado primitivo. Pues bien, iguales resultados se obtienen sometiendo á los mismos reactivos la sustancia cerebral de los animales. Mr. Dutrochet ha deducido, pues, esta consecuencia: que la materia verdosa de las plantas es un verdadero sistema nervioso, ó mas bien, que en aquella materia están espárcidos los elementos de este sistema; les ha llamado, pues, *corpúsculos nerviosos*. Esta consideración, dice él, apoyada en la analogía de la naturaleza química de los corpúsculos globulosos, se fortifica tambien por la observación de la estructura íntima del sistema nervioso de algunos animales. Así por ejemplo en algunos moluscos la sustancia medular del cerebro está compuesta de celillitas globulosas aglomeradas, sobre cuyas paredes existe una gran cantidad de corpúsculos globulosos, ó ovalados, que no son sino pequeñas celillitas llenas de sustancia medular nerviosa. La semejanza de esta organización con la que acabamos de indicar en los vegetales, es perfecta segun Mr. Dutrochet, y obliga á convenir en que las plantas están provistas de un sistema nervioso. (Traducción)

AUTOS DE FE

CELEBRADOS POR LA INQUISICION DE MEXICO.

(CONTINUACION.)

6. CLARA NUÑEZ, de edad de veinte y tres años, soltera, natural y vecina de esta ciudad, hija de los dichos Duarte de Leon Jaramillo, é Isabel Nuñez su muger. Fué presa por judía observante de la ley de Moisen *sin secuestro de bienes por no tenerlos*. Luego confesó haber guardado la dicha ley desde muy pequeña, y á la cuenta en la edad de sus hermanas Ana, y Antonia Nuñez, aunque con reservacion de algunos graves delitos cometidos por sus padres á que se habia hallado presente. Tuvieron sus padres, y Simon Montero su tio, sumo pesar de haberla reducido al judaismo, por verla de poca capacidad, y así la procuraba su padre inquieto y receloso, por medios suaves y rigurosos contener, y que no los descubriese, llamándola unas veces al almacen en dias de viernes de noche, y persuadiéndola á que guardase la ley que la habian enseñado, quedando muy gustoso cuando le decia que si la guardaba, y otras veces la llamaba de noche á su aposento, y en presencia de su madre, y hermanos la amonestaba que guardase la ley de Moisen, porque *los judíos eran los que tenían los dineros, y riquezas*, y algunas veces temeroso de ella la cogia á solas en una sala, y en el aposento de dormir, y la decia que si en algun tiempo la preguntasen en la inquisición alguna cosa que hubiese visto, ó oído, que dijese siempre que no sabia nada, y por haber dicho á uno de sus hermanos que habia de venir á la inquisición á decir lo que sabia, y así mismo, porque estando un dia comiendo en la cocina un poco de tocino que habia comprado, y entrando su tio Simon Montero se lo quitó, y arrojó á una perra que allí estaba, riñéndola porque comía aquella porquería, ella enojada agarró de un leño, y le cimbró por el pescuezo, diciéndole, perro judío no quieres que coma tocino, ¿soy yo como tu gente y esta de judíos? y porque siempre que se enojaba los llamaba de perros judíos, procuraron amedrentarla, y castigarla, como lo hicieron encerrándola como en prision por muchos dias *con pretelo de holandades*, y no dejándola ir á casa, sino acompañada del dicho su tio sin perderla de vista, y no la permitian que tratase con persona católica, mandándola que solo tratase con cierta reconciliada su parienta, diciendo-

la que los cristianos era mala gente, y prohibiéndola que no saliese de casa, ni oyese sermones, ni viese fiestas, ni procesiones, y la decian que ni aun á los confesores se habian de decir las cosas que con ella les habian pasado, porque no era para ellos, y para empeñarla en el secreto (como se experimentó en su causa) la hicieron participante, y que se hallase presente á algunos delitos escercandros y atroces, y teniéndola ya enredada en tales maldades, y viéndola no tan diligente en la observancia de su cado ley, su padre la castigaba, y reñía por cualquier descuido que mirase á la mas mínima inclinación á las cosas y acciones de los cristianos, como sucedió en un viernes santo, que estando viendo la procesion del santo Entierro de Cristo nuestro bien en la ventana crió á pedir á su padre medio real para aguacates (es una fruta particular de estas Indias) para hacer colacion, y el subió arriba como un diablo, y la amarró á una escalera, y la puso el cuerpo negro á azotes solo porque ayunaba en aquel dia, y veia la procesion, y en otra ocasion hizo notables demostraciones de sentimiento estremado su padre porque dió unas nagüillas viejas de limosna á una pobre huérfana católica, y la reñía si la veia torcer el pescuezo á las gallinas, y no degollarlas con cuchillo nuevo como se lo tenia mandado, y si la veia rezar de rodillas ante alguna imagen de Nuestra Señora, diciéndola que no rezase, sino que esperase el Mesías, y adorase la luna nueva, parada á la ventana haciéndola reverencias, como lo hacia él, su tio, y la reconciliada, y con tanto rigor la hacian guardar los sábados, que ni aun lavar la cabeza la dejaban. Y la señaló en el hombro izquierdo como á las dos hermanas suyas cortándole un pedazo de carne. La noche en que fué presa su madre Isabel Nuñez se halló presente cuando su padre hizo un agujero por el suelo que caía de la sala á su almacen, y por él descolgó á su hermano Francisco de Leon que *le fué dando la plata labrada, reales, y algunas barras de plata que se enterraron por padre é hijo en un aposento del corral*. Despues de preso su padre se mudó el nombre de Clara Nuñez en el de Josefa de Alzate, diciendo era morisca, y criolla de la ciudad y puerto de la Veracruz, y

dió por escusa en el tribunal de haberlo hecho e llamarla los muchachos Clara la judía, y malbarató algunas joyas que escondió con Antonia Nuñez su hermana, prevenidas para en caso que fuesen ellas también presas. Fue admitida á reconciliación, y sentenciada á auto en forma de penitente, vela verde en las manos, *confiscación de bienes, que no tuvo, abjuración formal, sambenito, y cárcel por seis meses y en destierro perpetuo*, preciso de todas estas Indias occidentales, ciudad de Sevilla, y villa de Madrid corte de su magestad en la forma contenida en la primera sentencia de doña Ana Xuarez.

7. DIEGO RODRIGUEZ ARIAS, con señal evidente de circuncisión, de edad de cuarenta y cinco años, soltero, natural de la ciudad de Sevilla, residente en esta de México, hijo de los dichos Antonio Rodriguez Arias, y de Doña Blanca Enriquez su muger; fue preso por judío observante de la ley de Moisés con *secuestro de bienes*. Pasados algunos días después de su prisión, pretendiendo engañar (si pudiese) al tribunal, confesó que siendo él de veinte años, deso-esa su madre de reducirle al judaísmo le había llamado en secreto, y persuadidole á que guardase la ley de Moisés, y que él la había preguntado que si Antonio Rodriguez Arias su padre, la guardaba, y que habiéndole respondido que no, él sentido, le había rogado que no le aconsejase semejante cosa, porque quería guardar la ley de nuestro señor Jesucristo, como hasta entonces, y ser fiel y católico cristiano, como decía lo era su padre, y que enfadada su madre le había reñido, diciendole que era un tonto, y otras palabras de enojo, y que dentro de pocos días se había ido de esta ciudad escandalizado de la doctrina que le quería enseñar su madre, conociendo el grande daño que se le podía seguir con los malos consejos que le daría si viviese con ella; continuando en algunas audiencias estas mentiras, y embustes, diciendo, que habiéndole vuelto una, y otra vez á persuadir su madre que fuese judío, la había arretrado de sí, con amenaza de que se iría á donde no le viese mas en toda su vida, y ella le había maldiceo con fuerte enojo, y él sufriendo de su casa. Y que no la había denunciado en este santo oficio, ni otras presunciones que tenía de otra hermana suya, por no verlas afrontadas por su causa, y pasados algunos meses pidió misericordia y confesó haber guardado la ley de Moisés, hecho sus ayunos, ritos, y ceremonias hasta el punto en que había sido preso. Tratando su madre con otra judía de los trabajos que había pasado en la propagación de su caduca ley, enseñándola á diferentes personas, y entre ellas á la de su parentela, la dijo que lloraba mucho á este su hijo, que andaba vagando por tierras agenas, no se casase con alguna muger que no fuese de su ley, ó se le mu-

riese entre sus enemigos (entendiéndolo por los cristianos) como se le había muerto otro hijo, lo cual llorarán toda su vida, y que á ambos los tenía muy enañados é industriados en el judaísmo. Cuando venía de fuera de esta ciudad le examinaba, y pedía cuenta su madre de lo que aprovechaba en la guarda del judaísmo, y de los ayunos que había hecho, y viendo que no tenía que advertirle en este particular, por ser tan *fino judío* se convenían en hacer ayunos en hacimiento de gracias al Dios de Israel. En su prisión se comunicó con muchos de los presos de su parentela, y otros, usando de nombres supuestos, llamándose *el zigote*, por no ser conocido, y valiéndose del hablar por golpes, sirviendo de mediano para que otros presos se comunicasen. Hubose en su causa con suma cautela. Fue admitido á reconciliación, y sentenciado á auto en forma de penitente, vela verde en las manos, *confiscación de bienes, abjuración formal, sambenito, y cárcel perpetua irremisible, y en destierro perpetuo* preciso de todas estas Indias occidentales, ciudad de Sevilla, y villa de Madrid corte de su magestad, en la forma contenida en la primera sentencia de su sobrina doña Ana Xuarez.

8. FRANCISCO LOPEZ DIAZ llamado *el chato* (por serlo mucho) de edad de cuarenta y un años, soltero, residente en la ciudad de Nuestra Señora de los Zacatecas, obispado de la Nueva Galicia, de oficio *mercader*, natural de la villa de Casteloblanco en Portugal, hijo de Pedro Diaz Santillan, arrendatario de las rentas reales, y de Juana Estevez su muger, *reconciliada por la Inquisición de Sevilla*, naturales de la dicha villa de Casteloblanco, *hebreos cristianos nuevos*. Fue preso con *secuestro de bienes* por judío observante de la ley de Moisés: entre otros judaizantes que se pasaron á Castilla huyendo de Portugal por las muchas prisiones que se hacían en Casteloblanco por la Inquisición de Lisboa, fueron este reo y otros hermanos suyos, y llegados á Sevilla algunas de las mugeres fugitivas mudándose los apellidos, tomaron una casa retirada del comercio, donde estuvieron un año escondidos, ocupándose en lavar ropa de los hombres que en aquella ocasión habían tambien venido huyendo, siendo de ellos estos hermanos que acudían á visitarlos; sin serle bastante freno el riesgo en que se hallaba, luego se comunicó con algunos judaizantes, y con ellos ayunó el ayuno del día grande, ó del perdón por el mes de Septiembre con notables ceremonias, haciendo uno el oficio de rabino, y leyéndoles en un libro en lengua hebrea la institución de aquel ayuno, haciéndolos sentar, levantar, é inclinar profundamente las cabezas, teniendo los hombres cubiertas las cabezas con sombreros, y las mugeres con tocas lar-

gas, encendiendo mucho número de candelas. Por el año de mil y seiscientos y treinta y siete pasó á estos reinos, y se vino á vivir á esta ciudad á la casa de una famosa judía que era la que hospedaba á los de la nación hebrea que venían de España, y como tan *entremetido, bullicioso, y decidior judío*, se comenzó á declarar con muchísimas personas por judaizante, visitando principalmente á las mugeres, é hizo mucho número de ayunos no habiendo concurso de los de su caduca ley, en que no se hallase. Y le encomendaron los de la parentela de Simon Vaez Sevilla, que en compañía de otro judío sacase al campo á un mancebo que pretendía casarse con una sobrina de la muger del dicho Simon Vaez para decirle (como lo hizo) que no se casase, que menos que guardando la ley de Moisés, no había de tener efecto lo que pretendía, de que se siguió apostatar (aquel miserable) de nuestra Santa Fe Católica, y hizo mérito para con los demas judíos de haberle reducido, y lo que es mas, jactándose de ello por repetidas veces. Los judíos que vivían fuera de esta ciudad le encomendaban repartiese las limosnas que enviaban á los judíos pobres que en ella estaban conociendo el afecto que tenía á los de su caduca ley, y que los visitaba, y consolaba aun en los mismos Hospitales á donde eran llevados á curar, llegó á estar tan entendido en las advertencias de que usan los judíos, que con solas señas conocía lo que hacían, y cuando ayunaban. Estando melancólico le preguntó una judía que de qué lo estaba? y la respondió, que porque se había casado su hermano Baltasar Diaz con Ines Pereyra que era pobre, y que aunque Ana Comez su madre había sido reconciliada por esta Inquisición, no le daba cuidado, porque era por la ley de Moisés que él guardaba, haciendo blason del sambenito, y penitencia de la madre de su cuñada. En las juntas de judaizantes en que se hallaba, de mas de tratar de su muerte ley, y de como era la buena, y la que les convenía guardar para su salvación hacían burla, mofa, y escarnio de los cristianos, determinando por cosa asentada que no se salvaban, y que se condenaban, y algunas veces furioso contra el Santo Oficio decía, que *prezida por solo quitar las haciendas, y no porque se convirtiesen los reos, y que muy bien lo colchaban de ver los Inquisidores si se conuertían, ó no, y que los judíos no salían católicos jamas*. Era en tan gran manera dado al judaísmo, que le respetaban por Santo los demas judaizantes, y á este título tenía entrada entre las judías para tratos ilícitos. Cuando venía de fuera traía nuevas á los judíos de esta ciudad de los que vivían en las partes y lugares en que habían estado, y de los progresos que hacían en la guarda de su ley, dando el renombre de San-

tos y Santos á los mayores judíos, y judías, y llevado del falso celo de los preceptos judaicos, procuraba que los casamientos de las judías se hiciesen con hombres de la nación hebrea, y de tal manera aborrecía á los que teniendo sangre suya eran católicos, que tratando con un judío de dos parientes suyos le dijo que el uno era un demonio, y el otro bueno, llamando, y teniendo por demonio al católico, y por bueno al que en la verdad *era peor que el demonio, por ser judío*. Habiendo enfermado de muerte este sacrilego hombre, recibió todos los santos sacramentos de la Iglesia que se administran á los enfermos estando en su pecado, y perseverante en su apostasia, y viendo, y entendiendo que algunas personas judaizantes, y entre ellas una que había sido reconciliada por esta Inquisición dentro de su misma casa estaban haciendo ayunos de su ley por su salud, no hubo lugar ni parte donde hubiese estado de asiento, ó de pasada aunque fuese por pocos días en que luego no procurase conocer á los de su nación, y declararse, y ayunar con ellos. Cuando comenzó este Santo Oficio á hacer las primeras prisiones de esta complicidad, servía de espía para avisar á los demas de los que se iban trayendo á estas cárceles secretas, y les decía después de haberles dado los avisos, encogiendo los hombros: *no hay sino encomendarse á Dios todos*. De tal manera andaba solícito en este tiempo que se halló en una junta que se hizo en casa de Simon Vaez Sevilla una noche, en que se trató de que á cierta presa se procurase hablar, y advertir, para que no confesase sin perdonar cohechos, ni dádavas, y de esta resolución (que no les valió) dió parte á diferentes judaizantes, con que cobraron ánimo, esperando que por este medio se desvanecerían las diligencias de la Inquisición en orden á castigar sus enormes delitos cometidos contra nuestra Santa Fe Católica, se precibía de que su madre había estado presa en la Inquisición de Sevilla, y la habían penitenciado, y de que no habían depuesto contra nadie, añadiendo que ninguno estaba obligado á mas que á confesar sus culpas, y que á todos los que los sucediese semejante prison lo hiciesen así para que todos los de afuera en saliendo los amparasen, y que en la Inquisición la misma pena daban á los que confesaban solas sus culpas, que confesando las agenas; doctrina tan falsa y perniciosas, y que procuró introducir este judío para daño suyo, y de otros ignorantes, que le creyeron, la cual no solo estando fuera persuadida, sino aun estando preso practió en su causa, y aconsejó se valiesen otros de esta doctrina en las suyas en grave daño del estado de sus causas, y detención de su determinación, siendo el principal motor de las comunicaciones de cárceles así de

palabra, como por golpes, usando del nombre supuesto de tabaco. Húbose en su causa con suma malicia, y diminuciones, aunque pidió misericordia, y confesó haber juzgado. Fue admitido á reconciliación, y sentenciado á auto en forma de penitente, vela verde en las manos, sogá á la garganta, confiscación de bienes, abjuración formal, sambenito, y cárcel perpetua irremisible, y condenado en doscientos azotes, y en cinco años de galeras de España al remo, y sin sueldo, y en destierro perpetuo preciso de todas estas Indias Occidentales, ciudad de Sevilla, y villa de Madrid corte de su Magestad, y acabado el tiempo de las galeras se presentase en el tribunal de la Inquisición de Sevilla, para que se le señalase la parte y lugar en que había de cumplir lo que le restase de hábito, y carcelaria, y en lo demás contenido en la forma de la primera sentencia de Doña Afa Xuarez.

VIAJE DEL JOVEN ANACHARSIS POR LA GRECIA.

El Viaje del Joven Anacharsis es el monumento de la vida de Barthelemy. Bajo la fábula ingeniosa de un viajero scita, que en el siglo IV antes de Jesucristo viaja por la Grecia de ciudad en ciudad, estudioso y atento á todo, Barthelemy ha coordinado cuantas nociones había recogido sobre la vida helénica, en tiempo de Pericles. Costumbres, religion, historia, legislación, filosofía, obras artísticas y fiestas; todo lo abraza en su vasto plan. Si algunos críticos han creído que la forma era ligera, por lo menos este defecto no está mas que en la forma: la sustancia del libro es una fuerte y sólida erudición. Solamente los hombres superficiales pueden desconocer cuán profundas fueran, cuán extensas y perseverantes las investigaciones del autor, cuánto trabajo empleó en su obra, cuánta sabía reserva, conciencia y sagacidad. La aparición de un libro de un estudio tan minucioso y tan sincero sobre la vida antigua, no dejó de ser extraño al acercarse la revolución, y hacia fines del siglo XVIII tan agitados de cuestiones vivas y palpitantes, tan ignorante, y en el fondo tan desconfianza de la antigüedad, en la que no buscaba sino objetos de tragedia y palabras de condenación para arrojarlas sobre el presente. Barthelemy, como se ha visto ya, oyó sin commoverse la sirena que cantaba en el torrente del siglo XVIII que rodaba, y se construyó una cabaña en la ribera. Era un hombre bueno, honrado; pero un poco frío: al respecto de la filosofía no huyó, no se vio tentado á oprimirla sobre su corazón; no le instó ella ni espanto, ni amor; por él era la fi-

losofía, y no un ángel, ni Satán. Siempre el siglo influyó sobre él, y le tiñó con sus colores. En nuestros días él habría escrito una historia; en su tiempo se creyó obligado á sacrificar á las gracias, como él mismo decía; dió á sus trabajos de erudito una librea galante, hizo un romance. Siendo él un hombre grave y en el fondo sencillo, escribió una obra seria, á manera de Dorat y de Marmontel, en un estilo en el que el esmero en la elegancia florida y en la concisión, es comunmente pesado y enfático. Por otra parte, si la sinceridad del trabajo contrastaba con el genio de la época, la obra, en su fondo no era fuera de propósito. Las obras del arte, la imitación de la antigüedad iban á pasar á la política; y las pinturas seductoras de Atenas y de Esparta, en que se complacía el buen abate, son tambien una emanación del espíritu del tiempo, y un ataque á la monarquía de Luis XV. Pero todo esto se hace sin que Barthelemy lo perciba. Él penetra la antigüedad francamente y sin designio. ¡Es porque él la ama profundamente! No; pero él ama en pequeño cada uno de sus descubrimientos, con una ternura de erudito. Él quiere colocarlos en un libro como ha colocado las medallas en el gabinete del rey.

En el punto de vista del siglo XVIII el ángulo de vision no tenia suficiente longitud para alcanzar á la antigüedad. Por otra parte, ¿qué importa que la erudición haya recogido las cenizas de un pueblo muerto, si una profunda simpatía, si el soplo de Dios, la poesia, no viene á reanimarlas? Barthelemy, hombre de poca imaginación y de poco entusiasmo, no tiene pues sino una mediana inteligencia de la vida helénica. Había en ella algunos de esos problemas de origen, á los que el alma se arroja ávidamente; había en ella cuestiones religiosas; pero el hombre á quien estas cuestiones habrían atormentado, no habría hecho en este tiempo el Viaje de Anacharsis. Barthelemy vivió en otro diferente. Artes, política, filosofía, nada de esto ha examinado profundamente. Todos los hechos se hallan en su obra; pero combinados equivocadamente y revestidos de falsos colores, en todas partes falta el sentimiento de la realidad, en todas partes falta la vida.

Casi tenemos remordimiento por haber expresado un juicio tan austero. Nos apresuraremos á añadir, que á pesar de sus defectos, el libro de Barthelemy fue una obra maestra en el tiempo en que apareció. Aun en el día que tenemos mas inteligencia y mejor conocimiento de la antigüedad, el Viaje de Anacharsis es un monumento notable y de una imponente arquitectura, de que pocos hombres serian capaces, y en el que, penetrando con la luz adquirida en nuestros días, se hallarán sin trabajo, ricos y abundantes materiales. (Nueva Enciclopedia.)

EL ILLMO. SEÑOR DON VASCO DE QUIROGA,

Primer obispo de Michoacán.

México acababa de ser devastado por las atrocidades de los conquistadores; esta nación formada de tantos pueblos y razas diferentes, palpitaba aun en un lago de sangre, como la víctima que se agita todavía convulsiva sobre la ara. Era una especie de agonía la que sufría este país cuyos pueblos acababan de perder sus riquezas, su independencia, su fama y su poder, sus dioses y su culto, su patria y aun su nombre. Todo era confusión, codicia y anarquía bajo el gobierno de la primera audiencia formada de hombres sin moralidad y sin decoro, y presidida por Nuño de Guzman, uno de los gefes mas sanguinarios y codiciosos de cuantos gobernaban entonces las colonias. Los restos de los pueblos de Anáhuac que habían sido vencidos vagaban por los bosques y serranías, ó se sometían en las poblaciones á un destino mas triste y mas abyecto que aquel á que las bestias han sido condenadas. Tal era en bosquejo la situación del país cuando llegó la segunda audiencia, tribunal tan justificado y puro, como el anterior había sido inicuo y corrompido.

En esta nueva audiencia venia de magistrado un hombre que ya era respetable en España por su instrucción y por su probidad, el Sr. Quiroga, cuya larga vida ha sido una constante dedicación á la virtud, y un ejemplo grandioso de caridad y de beneficencia. Este ilustre español había nacido en la villa de Madrigal de Castilla la Vieja por el año de 1470. Llegó á México en 1531, por lo que debía estar ya entonces en la avanzada edad de 61 años; edad en la que por lo común el hombre se hace avaro, y no piensa sino en descansar comodamente de las fatigas de la vida. El Sr. Quiroga, como oidor, pudo haberse reducido á ejercer su magistratura con prolijidad y con pureza; pero su alma era demasiado grande para circunscribir su acción á una esfera tan limitada; su noble corazón se commovió profundamente al ver la miseria horrible, y la espantosa abyección á que los indios se hallaban reducidos, y concibió desde luego un grandioso designio de socorrer á esta raza proscrita y sin amparo, y de consagrar el resto de su vida al improbo trabajo de recoger los restos ensangrentados de aquellos pueblos, destruidos por los conquista-

dores, formar de las reliquias de la antigua nación un pueblo nuevo, un pueblo cristiano, culto, civilizado é industrial. Si los medios de que aquel hombre benéfico pudo disponer hubiesen sido proporcionados á la grandeza y extensión de sus designios, su gloria hubiera sido igual á la de Pedro el Grande en Rusia, porque uno y otro se propusieron sacar á un gran pueblo de la ignorancia y la barbarie, y ponerlo al nivel de la civilización del siglo en que vivían; pero Pedro el Grande era un emperador, y el Sr. Quiroga el magistrado de una colonia, destrozada por la anarquía, y por un gobierno que había sido tiránico. El ilustre magistrado hizo pues cuanto le era permitido hacer en obsequio de los indios; era celibe, no gozaba de las delicias de la paternidad; pero al llegar á este país adoptó por hijos suyos á los indios, llamó á su seno encendido de caridad, á aquellos indios dispersos, destruidos y llenos de miseria, y ellos vinieron á la voz de este nuevo padre, y formaron una familia numerosa, que aquel hombre benéfico recogió con amor bajo sus alas. El no contaba mas que con su sueldo, porque el magistrado íntegro no tiene otro pan, y cuando este pan se le niega, parece de miseria ó subsiste de caridad ó vende la justicia. El Sr. Quiroga redujo sus gastos á los límites de la mas estricta frugalidad, y con sus ahorros formó un fondo para comenzar su primera obra de beneficencia, el hospital de Santa Fé cerca de México.

Al decir hospital, no se crea que se trataba de erigir un edificio destinado únicamente á socorrer y curar á los enfermos. Llamaba hospitales el Sr. Quiroga á las poblaciones en que recogía á los indios para que viviesen de su trabajo y de su industria, socorriéndose mutuamente en sus enfermedades, ausiliándose en sus miserias, instruyéndose, contrayendo costumbres puras y al mismo tiempo sentimientos de sociabilidad, afectos cristianos y modales de urbanidad y de cultura. La hospitalidad, la caridad cristiana en toda su pureza, la sencillez primitiva del cristianismo y al mismo tiempo la civilización, tales eran las bases de aquellos establecimientos, que la filantropía de nuestro siglo ha intentado, aun-

que en vano, reproducir bajo otras formas; porque en las sociedades de mutua-cooperación propuestas por Ovar, en las asociaciones de los san-simonianos, y en los Plasterios de M Furrier vemos un plan, un designio y un sentimiento de caridad que asemeja mucho estas nuevas instituciones á las que tres siglos antes logró realizar en Mexico el Sr. Quiroga.

La mayor parte de los españoles contemporáneos de aquel ilustre magistrado, para coherenstar sus crumelades, afectaban todavía dudar de la racionalidad é inteligencia de los indios; aun no habia dado el pontifice Paulo III aquella bula eminentemente cristiana, en que declara que los indios habian sido redimidos con la sangre de un Dios crucificado; todavía, en fin, los indios eran cazados por perros como fieras, cuando ya el Sr. Quiroga fundaba el pueblo de Santa-Fé, recogia en él treinta mil indios que vivian como cristianos, como hermanos, que trabajaban para subsistir y para socorrer á los pobres impedidos, para mantener á los huérfanos, para aliviar las miserias de los ciegos, para hospedar á los peregrinos y para curar á los enfermos. Allí se recogian los expósitos y se enseñaban á los niños las primeras letras. El ilustre fundador obtuvo de la corte privilegios y gracias con que era justo fomentar sus empresas grandiosas y benéficas.

El Sr. Quiroga se ocupaba en estas obras de tan sublime caridad, cuando el gobierno le encargó una comision tan importante como de difícil ejecución, la pacificación de Michoacan. Los pueblos de este antiguo reino se sublevaron, indignados con las crueldades de los conquistadores, y mas que todo con la execrable atrocidad con que Nuño de Guzman habia ahorcado al último rey de aquella nacion, á Calzonciet, que no tuvo ya todo el oro que la codicia del conquistador le cesigia como precio de su vida. Los habitantes de aquel hermoso país abandonaron pues sus poblaciones, se retiraron á los montes y serranias, y allí pasaban una vida salvaje y llena de miseria, pero libre; y preferian aquel estado de agitación y de zozobra, á la paz que sus tiranos les ofrecian para cargarlos de cadenas. Los misioneros franciscanos trabajaban en vano por reducirlos á la vida civil; unas veces los atraian con caridad; pero luego, cansados de inútiles esfuerzos, querian aterrorizarlos con castigos, y los azotaban para hacerlos civilizados y cristianos. Ellos vagaban libres, aunque pobres, por los hermosos campos de Michoacan, y no habia resonado todavía en sus oidos una voz que tuviese el poder de someterlos. En estas circunstancias salió de Mexico el Sr. Quiroga, sin aparato, sin fuerza, sin ostentacion; pero acompañado de muchos indios de Santa-Fé, que iban á hablar á sus hermanos á nombre

del padre comun, y á ofrecerles por premio de su sumision el amor y la beneficencia de aquel padre. Los tarascos cedieron, y sometidos á la direccion del benéfico magistrado, volvieron á formar pueblos. Reunida á los indios en asambleas, y por medio de intérpretes les decia: que los reyes se habian compadecido de sus miserias; que reprobaban las injusticias de que habian sido victimas; que los mismos monarcas les enviaban como á un padre, y que él tenia una delicia en desempeñar aquella misión de paz que se le habia encargado. Añadia que desde que habia llegado á Mexico habia amado á los indios y los habia compadecido; que habia procurado en todo hacerles bien, y que eran testigos de sus esfuerzos aquellos indios que le acompañaban: que ellos les dirian de que modo los habia reducido á la vida civil, y cómo habia fundado establecimientos, dirigidos todos á mejorar su situacion. Les pintaba él lo vivo las miserias de la vida salvaje, la abyeccion en que habian caido hasta nivelarse con las fieras; les patentizaba los inconvenientes de la poligamia, el absurdo de la idolatria, y la impotencia de sus ídolos, de los que nada tenian que esperar para mejorar su triste suerte. Así los atraia y las asambleas eran cada dia mas numerosas. Muy diferente de esos tiranos artificiosos que halagan siempre al pueblo con vanas esperanzas para someterlo y esclavizarlo á todo su contento, el Sr. Quiroga cumplia lo que decia; moderaba la dureza de los encomendadores, reprimia la injusticia de los recaudadores de tributos, y allegaba hasta donde era posible los inconvenientes del estado político para hacerlo preferible á la vida agitada y libre del salvaje.

El principal resultado de su visita fué la fundacion de un hospital bajo el plan del que habia sido erigido en Santa-Fé. Puso el nuevo establecimiento á cargo de un indio, D. Diego, descendiente de los antiguos reyes de Michoacan, y cuya virtud lo hacia recomendable. Ordenó que las mugeres se cubriesen la cabeza con un velo, que se vistiesen honestamente: que los hombres no se presentasen ya en la vergonzosa desnudez en que vivian; hizo que todas las familias viviesen en poblado, que concurriesen á los templos, y que cada uno segun su edad y seso se dedicase al cultivo, ó á cualquier otro género de industria productiva.

El emperador Carlos V, reconociendo la capacidad y luces del Sr. Quiroga, y admirado de su beneficencia, le eligió obispo de Michoacan, y el ilustre magistrado recibió á poco tiempo todas las órdenes sacerdotales, desde la tonsura hasta el episcopado; dignidad á que era tan acreedor por su instruccion y por la heroica caridad que lo animaba. No era entonces el obispado un principado cuyas rentas pudiesen esci-

tar la ambicion. La renta del primer obispo de Michoacan, pagada del tesoro público, no escidia de 2,000 pesos, cantidad que habria bastado á un hombre como el Sr. Quiroga, si no hubiese tenido que realizar tantos y tan benéficos designios. El nuevo obispo se vió obligado á pedir al emperador algunas tierras para ayudarse con sus productos en los crecidos gastos que su beneficencia habia hecho necesarios; pero estas tierras, su renta y cuanto lograba conseguir de la caridad de los demas hombres, todo formaba el patrimonio de los pobres y el tesoro de su bondad cristiana; de las manos de Dios pasaba aquella riqueza á las manos puras del sacerdote que la distribuia como ministro de la Providencia, sin que nunca su alma se adhiriese á aquellos bienes; porque aquella alma era grande; porque la bondad angelical que lo animaba era la única con que su corazón podia satisfacerse. El repartia la riqueza y era pobre, erigia pueblos y los civilizaba, y les enseñaba las artes y les comunicaba toda la instruccion que podian recibir, y todos estos bienes lo distribuia sin ostentacion y sin orgullo. Visitaba muchos pueblos de su diócesis montado en una mula, acompañado únicamente de un page y de un sacerdote que le ayudaba en sus funciones episcopales. Agobiado ya por los años, entraba á las chozas de los pobres apoyado, no en un báculo de oro, sino en un baston de madera, especie de muleta, de que necesitaba ya para sostenerse. Así se le representa en todos sus retratos, así lo verá nuestros lectores en el que acompaña á esta biografía, y de cuya exactitud estamos muy seguros, pues ha sido copiado fielmente del que se publicó en la obra que contiene noticias mas auténticas sobre su vida.

Repétremon lo que ha dicho el Sr. Beristain al escribir la biografía del venerable obispo: "No es la vida toda de un hombre grande la que puede ni debe caber en este artículo. Baste decir que erigió la iglesia y obispado de Michoacan, que trasladó la catedral de Tzintzuntzan á Pátzcuaro; que fundó el seminario de San Nicolás, antes del decreto del concilio de Trento, que hizo otro hospital, denominado tambien de Santa-Pe, en su capital, por el mismo plan que el de Mexico; que en Pátzcuaro fundó otro igual y un colegio de vírgenes, y que por su influjo y por su ejemplo fueron establecidos los restantes hospitales de su diócesis, á cuyos indios redujo á poblaciones, estableciéndoles sabias leyes económicas, y afianzando á cada uno de ellos su peculiar industria y modo de vivir, lo que se admira hasta hoy en su obispado. Así es que ordenó que solo en un pueblo se cortasen maderas, y se traficase con ellas sin labrar, como se observa en Capula; que en otro se labrasen y cortasen, como en Cocupao; que las pieles

se curtiesen en otro y se beneficiasen, como se ve en Terecundo; que loza de barro se fabricase en otros, como en Patamban; y el hierro se trabajase en otros, como dura hoy en el pueblo llamado San Felipe de los Herreros, y de este modo los enlazó á todos con vínculos indisolubles de necesidad y de comercio. Fue el único de los obispos de Nueva-España que se resolvió á embarcarse para ir á asistir al concilio general de Trento; pero á poca distancia del puerto de Veracruz, una tempestad obligó al barco á volver á tierra, y su viaje no se verificó."

Por los años de 1547 reembarcó el Sr. Quiroga para España á negocios de su obispado. Por este mismo tiempo el ilustre Sr. Las-Casas abogaba por la causa de los indios, y los consejos discutian si convendría ó no que continuasen las encomiendas, aquellos repartimientos de indios que se hacian á los conquistadores, para que los tuviesen como pupilos y se sirviesen de ellos casi como esclavos. En esta ocasion el Sr. obispo de Michoacan pagó el tributo á las preocupaciones y errores de su siglo; y oponiéndose á la opinion del heroico obispo de Chiapas, ambos disintieron entre sí en su modo de pensar, cuando eran uno mismos los sentimientos de caridad de que uno y otro estaban animados; así los hombres mas eminentes se dividen muchas veces por un error, cuando sus corazones están acordados en sentimientos, y cuando sus designios son los mismos. El Sr. Quiroga opinaba que los indios se debían dar en encomienda perpetua, y apoyaba esta funesta opinion en el error con que juzgaba á los demas españoles por su propio corazón tan benigno, tan dulce, tan lleno de bondad y de clemencia. Los amarán, decia, como á sus hijos; los tratarán con caridad, los instruirán y los harán cultos é industriosos.

Antes de hablar de los últimos años de vida del Sr. Quiroga, vamos á copiar algunos de los fragmentos que han quedado de las ordenanzas que el mismo formó para sus hospitales; estos restos, aunque pequeños, del vasto plan de civilización y de beneficencia que el Sr. Quiroga habia comenzado á realizar, son los únicos que pueden hacernos conocer el carácter é importancia de los establecimientos que fundó con el nombre de hospitales. Nuestros lectores leerán con gusto estas palabras dictadas mas veces por el ilustre obispo, otras veces escritas con su mano temblorosa con la debilidad de una vejez tan venerable. Estas palabras son la efusion de su caridad, los últimos consejos que da á sus hijos, el adiós de un padre que se despide llorando de una familia, á la que ya no verá mas, porque va á partir á un viaje del que jamas se vuelve. Estas palabras son el resumen de sus preceptos; en ellas recomienda á los indios el tra-